



Corazones volubles  
por Daniel Urdaneta

Hoy en muchas partes del mundo se celebra el Domingo de Ramos, el día que, según nos muestra la Biblia, Jesús entra en Jerusalén montado en un asno y es recibido con palmas y aclamaciones por una multitud que, pocos días después, también pediría su crucifixión. Los Evangelios narran este acontecimiento con claridad (Mateo 21:1–11; Marcos 11:1–11; Lucas 19:28–44; Juan 12:12–19). Y uno de esos textos recoge el clamor de la gente: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (Mateo 21:9). Era un momento de alegría desbordante, de esperanza, de reconocimiento público. Todo parecía indicar que el pueblo había entendido quién era Él.

Pero la realidad fue otra. Apenas unos días después, ese mismo entorno humano, con la misma facilidad con la que levantó su voz para honrar, la levantó para condenar: “¡Crucifícale!” (Lucas 23:21).



Y aquí está una de las lecciones más profundas y necesarias para nuestro corazón: no fue Jesús quien cambió; fue el corazón del hombre el que reveló su inestabilidad. La multitud es voluble. Se mueve por emoción, por influencia, por expectativas. Aplauda cuando Jesús encaja en lo que espera, pero rechaza cuando Él no responde a sus deseos o cuando su mensaje confronta. Y si somos honestos, esta no es solo una historia de hace dos mil años. Es un espejo para nosotros.

Porque también podemos decir “Hosanna” en un momento de bendición, y, sin darnos cuenta, alejarnos en el momento de la prueba. Podemos emocionarnos en la alabanza, pero resistir la obediencia. Podemos honrarle con los labios y tener el corazón lejos de Él.

Por eso el llamado del Señor no es a una fe emocional, sino a una fe que permanece. La fe verdadera no depende del ambiente, ni del ánimo del momento, ni de lo que otros hagan. Permanece cuando hay palmas, y también cuando hay presión. Permanece cuando hay claridad, y permanece cuando hay silencio.

Hoy, más que observar a la multitud, el Señor nos invita a examinarnos a nosotros mismos.

¿Es nuestra fe firme o cambiante?

¿Seguimos a Cristo por lo que esperamos recibir... o por quien Él es?

¿Le somos fieles solo en los momentos de “Hosanna”... o también cuando el camino se vuelve difícil?

Que el Señor, en Su gracia, nos conceda un corazón fiel, no superficial; firme, no voluble; arraigado en la verdad, no en la emoción del momento. Porque al final, no es el que comienza con entusiasmo el que permanece, sino, como dijo nuestro Señor “el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 24:13).

Dios nos bendiga a todos.